El marqués se reia de los arrebatos de la vieja, que peroraba contra su monomanía con vozarron de marimacho, y se limitaba á contestarle:

—Deja, mujer; el dia menos pensado encuentro lo que me propongo, y entonces verás como todo cambia; cómo hago una gran fortuna, que envidien los industriales más ricos. Porque de un sólo golpe voy á conquistar honra y provecho.

—Sí, dirán: ¡Clairefont comerciante de esto ó lo otro!... ¡Valiente honra!... ¡Cuando te casaste con mi hermana, tenias veinte mil francos de renta: era una bonita fortuna; podias haberte reducido á economizar y dotar bien á tus hijos!... Pero no; mejor es que dotes á la ciencia... esto, sin contar con que te engañan vendiéndote á peso de oro mil chucherias que no valen diez céntimos y que te arruinarán. Porque tienes enemigos... Sí; gente á la que conviene tu ruina, y se interesa porque llegue pronto... Y entonces... Ya sabes lo que dice el refrán: « Quien adelante no mira...»

El marqués escuchaba humilde estas reprimendas; bajaba la cabeza, meneándola como quien duda de la cordura del que le habla, y se encerraba en la torrecilla, donde, entregado á sus pensamientos de gloria y riquezas, pasaba el tiempo, en medio del silencio y la calma del estudio.

Mientras así mortificaban á los Clairefont las preocupaciones que el progresivo aminoramiento de su fortuna les causaba, en Neuville reinaba el bienestar, aunque éste no alcanzase á la familia Carvajan.

A pesar de la próspera suerte que aumentó sus bienes, y de la influencia que ésta le daba entre sus convecinos, la casita de la calle del Mercado era, despues de diez años, tan triste como antes. Carvajan

y los suyos se instalaron, y vivieron trabajando siempre; la hija de Doumontier, al caer desde lo alto del pináculo de sus ilusiones en medio del árido campo de la realidad, comprendia que habia sido objeto de un negocio nada más.

Lloró amargamente, y la maternidad fué el único consuelo que halló; el pequeño Pascual era todo el universo para ella; olvidó sus pesadumbres viéndole sonreir, y se doblegó á la ruda economía de su marido, pensando que así el niño seria más rico al llegar á ser hombre.

Pascual creció en aquella vivienda lóbrega, estrecha, triste; temblando al escuchar la voz de su padre, aquel hombre duro, de tez de color de café, de nariz delgada y de ojos amarillentos, brillantes como monedas de oro. Detrás de esta silueta amenazadora aparecia la pálida y triste fisonomía de su madre, cuya dulce mirada tranquilizaba el corazon del niño cuando se lo oprimia el temor, y cuyas frases tiernas alegraban su alma.

Habitaban la propia estancia; una habitacion de paredes cubiertas por ensambladuras de madera hasta la altura de una persona; de techo cruzado por las vigas al descubierto, con una sola ventana, en cuyo alfeizar crecian, dentro de un gran cajon, lirios y claveles; y cuyas vidrieras de viejos vidrios, sujetos con tiritas de plomo, dejaban pasar la luz oscurecida por tintas verdosas, que daban á los objetos cierto aspecto lúgubre. Allí, delante de aquella ventana, pasaron los años de la primera infancia de Pascual: su madre, mirándose en él y cuidando sus flores, vió discurrir los dias casi felices, porque en su corazon la ternura maternal compensaba todo lo amargo.

A Carvajan sólo le veian á las horas de comer;

cuando no estaba de viaje, se encerraba en su gabinete del piso bajo, los dias de mercado los labradores á quienes apuraban sus compromisos y necesitaban tomar dinero á préstamo, depositaban en el suelo de aquella estancia muestras de barro de todos los confines del distrito, traidas en las suelas de sus groseros zapatos.

El pesado aldabon retumbaba en el portal con triste eco, sacudido con fuerza por la impaciente mano de un infeliz labrador á quien la necesidad castigaba; despues se oia el ruido de los pasos de la vieja sirvienta que, arrastrando los piés, iba á franquear la entrada al visitante; algunas veces rumor de voces ásperas llegaba hasta el cuarto donde Pascual y su madre veian trascurrir el tiempo, sin más distracciones que su mútuo cariño; era una disputa, que atajaba Carvajan con su palabra seca y violenta... Las puertas volvian á sonar al abrirse y cerrarse con fuerza... Entonces Pascual se asomaba curioso por entre las flores de la ventana, y veia alejarse al campesino con la cabeza baja, con los hombros encogidos, como si el peso de una desventura le aplastase... Un dia, uno de estos desventurados, al llegar á la esquina de la calle se volvió, y con rostro iracundo, amenazando con el puño al mudo edificio, cual si fuera un enemigo capaz de escucharle, gritó:

—¡*Ties* mis vacas! ¡*Ties* mi campo!... ¿Aún quieres más, usurero maldito?...

El niño tenia siete años; comprendió que aquella frase era una injuria lanzada contra su padre, pero no alcanzaba del todo su significacion concreta. Mas aquellas palabras se grabaron en su mente, y no cesó de darles vueltas en ella hasta llegar á forjarse un tipo espantoso del hombre que era usurero. Le atribuía las

formas de un negro y feroz gigante, como los de los cuentos de hadas, que le infundian pavoroso terror y le quitaban el sueño; pero aún queria más certeza, y se atrevió por fin á interrogar á su madre:

—Mamá, ¿qué es un usurero?—la dijo.

La pobre mujer palideció al influjo de la mirada de su hijo; por un momento quedó perpleja, y despues repuso:

—¿Por qué me lo preguntas, hijo mio?...

Pascual la refirió la escena que cimentó sus dudas; la buena señora bajó la cabeza, y murmuró:

—¡No repitas jamás esa frase, niño mio! ¡Los infelices suelen ser injustos! ¡Ese hombre se fué quizás sin lograr un objeto que esperaba obtener, y descargaba su mal humor sobre tu padre, que, si es duro en la manera de tratar los negocios, es honradísimo asimismo! ¡Y, sobre todo, es tu padre, y debes respetarle y amarle, sin buscar más razon que tu debe !

Al decir esto, le temblaba la voz á la pobre víctima de la crueldad de su marido, y en sus ojos se amontonaban las lágrimas; todo esto se grabó en la memoria de Pascual, y más tarde pudo comprender el terrible significado de ello. La guerra sin cuartel que Carvajan hacia al marqués de Clairefont no llegó á poder apreciarla mientras fué niño; el alma impenetrable del prestamista no dejaba traslucir sus secretos así tan fácilmente; trabajaba en silencio, con una paciencia como la de la araña que teje su tela, mortal para el insecto á quien acecha. Pascual se alejó de su madre para ingresar en el colegio de Evreux, donde comenzó sus estudios; luego pareció insuficiente esto, y el presunto heredero de una fortuna que se acrecentaba como la espuma, se trasladó á París para continuar su carrera; fué un jóven aventajadísimo: cur-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

só el derecho, y al volver á Neuville era ya doctor.

Hombre ya, podia discurrir por sí propio; nada le parecia nuevo en la casa de su padre, siempre lóbrega, triste, negra: dentro de ella las mismas costumbres; en el portal iguales manchas de lodo; en el despacho, discusiones ágrias y hombres que entraban tristes y salian mustios ó vice-versa. Habian envejecido todos, prestamista y deudores... Mas el comercio de oro seguia como antes. Los rostros se contraian, y los lábios formulaban una frase que se extinguía antes de ser pronunciada, porque Juan Carvajan era hombre á quien precisaba tener contento... Y esta palabra era la de aquel dia; para Pascual ya no era un enigma, no ignoraba ya lo que significaba *usurero*..

Todo el mundo temblaba delante de aquel que le dió el ser; ¡bien lo veia!... ¡Era tan temido, que no le detestaban, aunque tuviese entre las uñas jirones de la fortuna de todos!... Impon a su dureza, sin que se murmurase contra él, y entre tanto el marqués, noble y generoso, era objeto de ódio y desprecio. «Es un tonto á quien se puede engañar muy fácilmente,» decían... ¡Y esos mismos que le engañaban, encarnizábanse contra él, como si pretendiesen hacer olvidar así su mala fé. Hé aquí el carácter de los campesinos en toda su repugnante desnudez; ¡se arrastran á los piés de quien los azota y los desprecia, y se alzan como víboras contra quien los favorece y quien los acaricia!

La manera de vivir de Carvaján no había variado; continuaba teniendo una sola criada, que trabajaba como un asno; su mujer, siempre sola, seguía reducida á su triste estancia, como ant s de partir su hijo: sólo sus cabellos habían sufrido variacion; de negros

se trocaron en grises... Al regreso de Pascual, tuvo un instante de suprema dicha... pero fué un instante nada más lo que duró. Comprendió presto que entre el noble jóven y su padre no cabia el acuerdo, y con un hombre de las condiciones de Carvajan, esto era gravísimo: ¡era motivo sobrado para que una tempestad horrible estallase, arrollándolo todo!... Pasadas veinticuatro horas que el jefe de la familia concedió á las expansiones maternales, Pascual fué llamado al despacho por aquél; lo halló paseándose tranquilo con las manos cruzadas atrás, y no bien se halló delante de él, cesó bruscamente en sus paseos, y procurando dar dulzura á su acento, le dijo:

—Hijo mio, estoy satisfecho de tí. Has hecho la carrera con gran lucimiento, y esto prueba que eres listo. Supongo que pensarás ocuparte en lo que de suyo corresponde á un hombre que estudió leyes; aquí tenemos un tribunal; los que desempeñan funciones de letrados son un atajo de borricos, y á poca costa te sobrepondrás á todos ellos. Por mi parte, yo puedo crearte una clientela superior, y deseo que me digas si te conviene emprender esta senda que te indico, para saber á qué atenerme.

Al ver que Pascual inclinaba la cabeza sin responder, el usurero se irguió, y mirándole fijamente, prosiguió:

—Tu silencio me indica que mis palabras cumplen tus deseos; en Neuville hay trabajo de sobra, y para comenzar voy á darte para su estudio varios negocios.

Así diciendo, cogió de encima de la mesa una porcion de legajos, se los entregó, y dándole una cariñosa palmada sobre el hombre, añadió:

—Si quieres comprender lo que te conviene, puedes serme muy útil y ganar mucho dinero.

Pascual se encerró en una sala por todo aquel dia; se engolfó en el estudio de lo que su padre llamaba *negocios,* y quedó calificado: era el arte de explotar á los míseros con una habilidad sorprendente; sorteando con pasmosa astucia los escollos, y arreglándose de modo que en caso de responsabilidad, ésta recayese sobre un testaferro, sin menoscabar las ventajas que el prestamista se proponia; el nombre del banquero no figuraba en ninguna de aquellas picardías... Siempre aparecia como cesionario de un tercero, y sólo percibiendo la tercera parte de los beneficios. Estupefacto primero, luego lleno de pesadumbre el jóven juzgó á su padre con irrevocable fallo...

Con la cabeza inclinada sobre aquel fárrago de papeles que encubrian un cúmulo de infamias, Pascual evocó el recuerdo del pasado; escuchó, como en sueños, las disputas en las cuales las frases violentas resaltaban siempre; recordó, como si le viese, al infeliz que abandonó aquella casa con la desesperacion en el rostro, al que furioso, amenazando con el puño á las tristes paredes de la lóbrega casa, gritó con ronco acento *¡Usurero!...*; y esta palabra, que significaba infamia, resonó lúgubre en sus oidos. .

¿Era él hijo de aquel hombre? ¿El, que sentia agitarse dentro del pecho los más generosos sentimientos, se convertiria en infame cómplice de aquel explotador de pobres infelices á quienes arruinaba sin piedad? ¿Consentiria en patrocinar con su autoridad y defender con su palabra y su ciencia la obra infame de expoliar á los débiles y sumir en la miseria á quienes tenian por todo patrimonio su trabajo y cuatro terrones en que emplearle?. . ¡No!... ¡Jamás! Palideció sólo á la idea de atreverse á rehusar el papel que su padre

le imponia; abrió la ventana, y el aire del campo refrescó su frente abrasada por la fiebre. Comenzaba á caer la tarde; el silencio y la obscuridad invadian las desiertas calles de la poblacion; el cielo reflejaba los postreros rayos del sol, hundiéndose en el ocaso; el lejano sonido de la campana de una ermita llegó á sus oidos, y extraña melancolía sustituyó en su ánimo á la exaltacion que antes le agitaba; parecia como si aquel eco metálico fuera una proclamacion de su inocencia. Pensó que todo habia concluido para él; que nunca la dicha residiria en su espíritu, y apoyado sobre el alfeizar de la ventana, lloró con amargura...

La voz de la criada le sacó de sus tristes meditaciones.

—Señorito Pascual, el señor le espera á Vd. para comer,—oyó que le decia.

Se extremeció, pensando que iba á encontrarse frente á frente con su padre; mas era imposible evitarlo; era aquella una situacion insoluble para él. Bajó al comedor, en el cual sus padres estaban ya á la mesa; su aspecto triste impresionó á su madre, que le miró inquieta. Carvajan se frotó las manos con ruido, y riendo la dijo:

—Hé aquí un muchacho que trae cara de haber trabajado mucho... Eso me gusta... Ahora, á comer y descansar...

La comida fué silenciosa; Pascual, absorto, daba vueltas en su cabeza á los argumentos que pensaba oponer para defenderse de su padre; la amorosa mujer que tanto le amaba, presentia la tormenta, y estaba abatida. Carvajan devoraba. Al concluir de comer, con acento que no admitia réplica, dijo encarándose con su esposa:

—Querida, puedes retirarte á tu cuarto, si te parece, Pascual y yo tenemos que hablar.

Condujo al jóven á su despacho, sentóse delante de su escritorio, y exclamó, mirándole atento:

—¡Y bien!

Nada de preámbulos, nada de precauciones, nada de vacilacion: iba derecho al objeto, y era preciso responder categóricamente; aquella frase, que envolvia el gérmen de una horrible tempestad, no permitia divagar. Pascual se esforzó por serenarse, se afirmó sobre sus piernas temblorosas, y con la boca seca y voz demudada, comenzó:

—Puesto que es preciso, padre, seré franco. Los negocios que me encomienda Vd. me parecen deplorables. Los estudié á fondo... Creo que no puede obtenerse más que una fama muy desagradable siguiendo litigios de esa índole... y, si me es lícito darle á Vd. un consejo..., opino que debe transigir para evitar que el público se entere.

Carvajan no contestó: sus facciones tomaron una especie de dureza enorme; parecian inflexibles como la piedra; sonrió irónicamente, y levantándose con calma, dijo luego:

—¡Pero, hijo mio, hazte cargo que yo adelanté mi dinero... y es muy justo que quiera recogerlo!... ¡Además, no me espanta á mí que el público se entere; cada tres por cuatro me veo en la dura precision de embargar á mis deudores que no pagan á tiempo! ¡Estos bestias de palurdos parece que tienen el dón de tomar á préstamo lo que no pueden pagar nunca!... Los que no tienen fincas, nos dan cosechas en garantia; esto se llama crédito agrícola, querido!... Sin mí no tendrian con qué pagar á los propietarios... ¡y se me figura que no creerás que debo regalarles mi fortuna!... ¡Y, sobre todo, no presumo de filántropo; soy un hombre de negocios; necesito grano ó metálico al vencimiento!... Pero, ¡oye, tú! ¿Se te figura que te engaño? ¡Tú no comprendes como yo la cuestion!... ¡Es menester juzgar por el prisma de la práctica, dejando á un lado la teoría!... ¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira: ¡esos infelices, segun tú, son unos bribones, que me sacan el dinero y me arruinarán, si me descuido... ¡En todos estos negocios pierdo, créeme, pierdo!...

Dijo estas frases con acento de tan honda conviccion, que su hijo no encontró palabras para responder. ¡Le arruinaban! ¡El era la víctima, y los deudores quienes le despojaban! Aquel impudoroso sarcasmo anonadó á Pascual.

El banquero dió unos pasos, y poniéndose enfrente del jóven, le miró con sus escrutadores ojos, exclamando:

—En suma, y para concluir, Pascual: ¿quieres encargarte de mis negocios? ¡Sí, ó no!

Éste dudó un instaute, luego su rostro se cubrió de rubor, y repuso con energía:

—No.

—¡Ah!... ¡Ah!...—exclamó en dos diversos tonos Carvajan.—¡Eres un valiente, no mascullas las palabras!.. ¡Pero me figuro que no creerás que voy á mantenerte para que te pasees!...

—¡Ya tendré ocupacion, no tema Vd., padre!.. ¡Pero le ruego que no me contrarie!...

—¿Has supuesto semejante desatino?—dijo con aspereza el banquero.—¿Acaso pensaste que me haces falta? ¡Me hubiera gustado asociarte á mis operaciones mercantiles, y hacerte aprovechar mi experiencia! ¡Te haces el desdeñoso, y pretendes valerte de tus

propias fuerzas!... ¡Bueno; me parece muy bien!... Acaso engendré un águila...; pero mientras no me lo pruebes, creo que se trata de un simple ganso... En fin...: buenas noches: y ya que te bastas con tus ideas quijotescas..., veremos qué te producen, y me alegraré que no te arrepientas de ello nunca!...

Abrió la puerta, hizo salir á Pascual, y sin pronunciar palabra se volvió á encerrar en su gabinete de trabajo. Cuando se quedó solo, se paseó arriba y abajo por algun tiempo, agitado por la rabia, y por fin se detuvo, dió un puñetazo sobre el escritorio, y murmuró:

—¡Bien me ha dado en las narices con su franca negativa!... ¡Soy un estúpido, que le dejé en libertad de hacer su gusto, y áun creo que me impone con su actitud!... ¡Un monigote de veinte años permitiéndose criticar á su padre!... ¡Por Dios vivo que no me reconozco!... ¡Es la primera vez en mi vida que me domina el obstáculo!...

Meneó la cabeza, se quedó pensativo, y luego concluyó sonriendo:

—¡Bah! ¡Es lo mismo! ¡Sea lo que quiera, es un Carvajan!...

Sí, lo era; pero de la buena raza; con toda la resolucion y la energía, con todo el ardor de un carácter franco, apoyándose sobre una base firmísima de delicadeza y honradez. Hizo como lo habia ofrecido; empezó á ejercer, y á los seis meses de esto su reputacion estaba hecha, y se le enviaba á informar en la Audiencia de Reuen en un pleito de gran entidad contra cierta sociedad de mucha influencia. Hablaba con una claridad y una desenvoltura notabilísimas, y en breve alcanzó la verdadera elocuencia; los magistrados le escuchaban con admiracion, sin fastidio ni sueño; y esta manera de atenderle influia no poco en el éxito de sus empresas.

Esto produjo en su padre un doble efecto; le enorgullecia y le exasperaba; porque comprendia que el jóven estaba en camino de emanciparse muy en breve. Siendo nada más un abogado mediano, ¿qué le importaba? Le hubiese tenido junto á sí, desdeñando su medianía y sosteniéndole como de limosna; pero siendo toda una notabilidad, ¿no era tristísimo no poder aprovecharle en beneficio propio? En sus manos hábiles, aquel jóven hubiera sido un instrumento poderosísimo que le hiciera dueño absoluto de todo el partido; lo único que le faltaba, el don de hablar fácilmente, lo poseia con creces su hijo; podia ser la voz de su inteligencia, y se encontraba con que este elemento se le oponia en vez de ayudarle.

No se trataba ya para Carvajan de hacer estudiar á Pascual aquellos negocios que contenian los apolillados legajos: su ambicion era otra ahora; el talento de su hijo podia serle más útil todavía para combatir al marqués en el terreno de la política, apoderándose de la opinion, asegurando las elecciones en favor suyo, y, una vez en el terreno de las intrigas, poder alcanzar lo meta deseada. Mas ¿cómo imponérsele, si jamás le manifestó cariño, si le dejó crecer sin ocuparse de él, absorto en sus negocios y en sus planes de venganza?... Para atraerle por medio de los halagos, era ya tarde; restaba una sola manera de lograrlo: aprovechando el amor que el jóven sentia por su madre; acaso, valiéndose de ella conseguiria aliársele para sus propósitos.

La pobre mujer, enferma hacia ya algunos años, se iba extinguiendo sin exhalar una sola queja. La vuelta de su querido hijo fué para ella motivo de una

profunda alegría, y á su presencia parecíale que la vieja y obscura vivienda se llenaba de luz y de fresco ambiente.

Hasta el mismo Carvajan se mostraba menos grosero, más alegre; tenia momentos en que parecia otro, con sus efusiones desusadas y sus bromas, inverosímiles de puro chocantes. Por las noches, despues de comer, se quedaba en el comedor, y hablaba y reia con ella y Pascual; se le conocia á la legua el interés por agradar: la fiera se amansaba por sí sola.

Madre é hijo como conocedores del carácter del jefe de la familia, se preguntaban con temor cuál era el secreto impulso que motivaba aquel cambio, y al propio tiempo, no sin incertidumbre, le favorecian con toda su alma, por si acaso fuera un milagro de la Providencia y no un efecto del propósito utilitario oculto bajo la capa del disimulo.

Una mañana muy temprano, la buena mujer vió con sorpresa á su marido entrar en su cuarto con semblante alegre; le escuchó no menos admirada, preguntarle por su salud con acento cariñoso, y su extrañeza no reconoció límites al sentir que le pasaba la mano por la frente con ternura, y despues de sentarse sobre el borde del lecho:

—¿Quieres que hablemos de un asunto que me interesa muchísimo, y para cuyo éxito necesito que me ayudes? (le dijo, siempre acariciándola.) Si haces lo que te voy á pedir.. te quedaré agradecido mientras viva... Y sólo hace falta que tú te empeñes para que se realice mi ardiente deseo...

—¿De qué se trata, Juan?...—preguntó la madre de Pascual palideciendo, porque sintió oprimírsele el corazon.

—De nuestro hijo...

—¿Qué le ha sucedido?...—exclamó la pobre mujer con angustia.

—Nada, tranquilízate; no se trata del presente, sino del porvenir... Me preocupo mucho por él...: es una persona que vale..., y aunque sólo fuese porque me lo diste, merecerias todo mi cariño. Es un chico que puede aspirar á todo; pero conviene preparar el terreno..., y esto me trajo en tu busca.

Para tí no ha crecido; aún es aquel pequeñin de otros tiempos, y sólo te ocupas en mimarle; convendria que le aconsejases en serio, y vengo á prevenirte para que lo hagas. Hay en el país un puesto que le conviene .., y si sabe aprovechar las circunstancias, puede sacar mucho partido de su talento. Los republicanos se agitan, y le traeria mucha cuenta figurar entre ellos. ¿Porqué no le hablas de esto? ¡Luego me dirás lo que opina!... Maneja con tacto este asunto, y si logras convencerle... ¡no tendrás por qué arrepentirte!... ¡Yo te lo fio!...

Despues de haber revelado su propósito, Carvajan cambió de conversacion; mimó á su mujer para disponerla á servirle en su plan, y á poco le dió un beso, el primero que la daba desde hacia muchísimo tiempo, y salió.

Por espacio de algunos dias esperó sin decir palabra, escudriñando en las fisonomías de su esposa é hijo la respuesta que aguardaba ansioso, pero sin descubrir nada que le revelase lo que deseaba. Al cabo de una semana de impaciencia se decidió á preguntar: la respuesta no le satisfizo; Pascual no ambicionaba figurar en la política, y rehusó lanzarse á la palestra. Presa de violenta rabia, escuchó á su mujer; le parecia que dentro de su cabeza, dura como la piedra, algo le apretaba el cerebro; amontonáronsele las ideas

con una vertiginosa rapidez; estuvo unos instantes mirándose maquinalmente las manos que le temblaban, y despues, soltando una terrible interjeccion, dejó estallar la cólera que le ahogaba:

—¿Os habèis creido que os vais á reir de mí? ¿Eh? Pues estais en un error. Tú y tu hijo me obedecereis, ó tomareis bonitamente la puerta de esta casa, donde yo, solo yo, ¿entiendes? soy el amo. Nadie me contrarió jamás, ¡y ese muñeco va á ponérseme de frente! Pierde cuidado de que suceda; yo le ataré corto..., y ¡ya veremos quién lleva el gato al agua!... ¡Por el diablo!... ¡Habrá quien sufra esto!... ¡y se opone, de potencia á potencia con su padre! ¡Pues que mire lo que hace; porque le planto en la calle como me llamo Juan..., todo el mundo sabrá que me ha faltado al respeto...!

Esta escena y estos discursos, matizados de palabras soeces y duras, se prolongaron por largo espacio. La infeliz esposa de aquel hombre brutal estaba llena de pavura, y de tal modo la afectó ésta, que febril y enferma tuvo que acostarse.

Al dia siguiente ofrecia síntomas alarmantes, y al fin de la semana llegó á un estado tal de gravedad, que se la consideró perdida. Su hijo, sin apartarse de su cabecera, pasó aquellos crueles dias cuidándola con cariño, y lleno de amargura y pesadumbre al escuchar de sus lábios las amenazas de Carvajan, que ella repetia en medio de su delirio.

Una noche, por fin, recobró el conocimiento, se alzó sobre un codo encima del lecho, y apoyando la otra mano helada sobre la frente de Pascual, que puesto de rodillas la contemplaba con terror, exclamó:

—¡Vamos á separarnos, hijo de mi alma! ¡Y con qué pena te lo digo, yo que te quiero tanto! Hemos sufrido mucho en estos últimos tiempos...; olvídalo...; nunca recuerdes tales cosas..., y sé bueno. La mayor suerte en la vida, consiste en tener tranquila la conciencia.

La acometió una congoja: Pascual, con los ojos inundados por el llanto, la vió palidecer como si fuera á morir... Pero volvió en sí presto, y mandó llamar á su marido: le habló algunos instantes, sin que Pascual, que se retiró junto á la ventana, y miraba, sin ver, las plantas queridas de su madre, siempre lozanas sobre el alfeizar, pudiera oir lo que le dijo: Carvajan, con sombrío rostro, escuchaba sin responder aquel solemne discurso, y se limitaba á mover la cabeza, como quien afirma, cuando un imperioso gesto de la moribunda le forzaba á replicar. La fisonomía de la que agonizaba se dilató de alegría; se dejó caer sobre los almohadones como si se hubiese desembarazado de un peso abrumador, llamó con débil voz á su hijo, y murmuró:

—¡Pascual, abraza á tu padre delante de mí!

El jóven, ébrio de pena, se precipitó en los brazos de Carvajan, le besó con ternura, recibiendo, en cambio, una helada caricia de aquella boca paternal, que sólo sabia formular duras frases, beso más frio que si le estampara el yerto lábio de la moribunda.

Luego hizo ésta llamar al notario, mandó retirarse á Pascual, y quedó á solas con el guardador de la fé pública. Cuando acabó de dictar sus postreras disposiciones, volvió á llamar á su adorado hijo, y entre congojas y llantos llegó la noche en que debia terminar. Tras largos esfuerzos y más largo silencio todavía, pues apenas si tenía la infeliz aliento para hablar, atrajo hacia su boca la cabeza de Pascual, y murmuró con acento tan débil, que era casi imperceptible:

—He dejado á tu padre todo lo que la ley me consiente: sé que estás en aptitud de crearte una fortuna por tí mismo..., y este era el único medio de asegurarte la tranquilidad. ¡Carvajan es un hombre terrible! ¡Huye del choque con él! El abandono de tu herencia es el precio de tu libertad... Perdóname este despojo... y sé bueno, hijo mio. ¡Acuérdate de tu pobre ma!...

La voz se ahogó en su garganta al pronunciar esta última frase. ¡Estaba muerta! Pascual la cerró los ojos; con febril energía la abrazó, sin una lágrima en los hinchados ojos, la besó con fuego extraño, y murmuró:

—¡Duerme tranquila, madre mia! ¡Tu bondad será mi norma, y tu recuerdo y mi afan por imitarte, la herencia que más valga para mí!

Y como si al cruzar el umbral de lo eterno este supremo voto llegase á ella, el semblante de la muerta palideció, y su frente pura se iluminó con celeste encanto, con superior belleza.

Al siguiente dia de los funerales, Juan Carvajan llamó á su hijo al gabinete donde tuvo lugar la primera cuestion entre los dos, y con acento tranquilo le dijo:

—Hijo mio: con la desgracia que acabamos de experimentar, nuestras existencias han de modificarse necesariamente. Antes de tomar una resolucion, quisiera saber cuáles son tus propósitos.

—Mi plan es sencillo, padre,—repuso el jóven.—Si Vd. no ve en ello inconveniente, quiero abandonar á Neuville...

—Eres dueño de tu albedrío,—dijo Carvajan, cuya frente se contrajo al recordar con escozor en el alma cómo se habian desvanecido sus esperanzas acerca del

papel que le convenia hacer representar á Pascual.

—Entonces, partiré mañana.

—Y cuando quieras volver... hallarás mi casa abierta...

—Gracias, padre.

Ni una palabra más se cambió entre los dos hombres. Al otro dia, Pascual se fué, dejando en su casita de la calle del Mercado, á Carvajan, sólo con su ódio.